



Una cosecha escasa: Marruecos en la literatura infantil y juvenil de nuestros días

David López García

No creo que haga falta insistir aquí sobre la fascinación que el Oriente, y concretamente Marruecos y el Norte de África, han ejercido y ejercen sobre la literatura española. Una fascinación que se remonta a la Edad Media y que ha dado importantes frutos: desde el *Viaje a Turquía*, pasando por algunas de las obras de Miguel de Cervantes -incluyendo *El Quijote*- y *El Príncipe constante* de Calderón, hasta llegar al inmediato ayer del Modernismo, al más inmediato de las novelas de Ángel Vázquez y al hoy de Juan Goytisolo. Un sentimiento resuelto de manera diferente según la época que ha tocado vivirlo, que intenta expresar la incompreensión, desea demostrar la ajenidad, la enemistad y el enfrentamiento, o que, por el contrario, pretende ser un estímulo para la imaginación, un pretexto para hablar del color, de la crueldad, de la sensualidad y de la riqueza, y que incluso ha sido blanco de burlas -de Pérez Galdós, por ejemplo-. Algo que puede resumirse en una palabra: luz; porque la luz viene de Oriente y limpia los contornos de la gris monotonía que Occidente genera.

Mientras que en términos generales la producción literaria española es abundante en cuanto al deseo de rescatar el Oriente, de encontrar en Marruecos una razón vital, ya sea como evasión -en pos de la mera aventura, del color, de lo extraño y del amor prohibido-, como afirmación de la fe y de la superioridad racial, como denuncia de la injusticia que supone la guerra, como búsqueda de unas raíces ocultas en la dura tierra del tiempo, o ya sea como oposición a la alineación, resuelta

————— 5 —————

siempre en una pugna continua entre el amor y el odio, la producción literaria dirigida a los niños y a los jóvenes ha sido menor. Parece que existiese un deseo de ocultarles algo, como si se quisiera privarlos de la posibilidad de soñar, de sentir la luz, de impedirles el conocimiento de una sensualidad necesaria para comprender y amar el

mundo, acaso imprescindible para huir o luchar contra la demencia impuesta por una sociedad y una cultura que se muestra en la mayoría de las ocasiones igual que un ser carente de alma.

Durante muchos años -me estoy refiriendo a los primeros de nuestro siglo, al tiempo en que España sostenía una guerra larga y costosa en vidas humanas por conquistar un pequeño «Imperio» en el Norte de África-, los libros de todo tipo que tenían como tema Marruecos eran muchos. Sin embargo, era aquél, el de la guerra y el del lugar donde se desarrollaba, un mundo que se le ocultaba a los niños a pesar de que estaba presente en la calle, en los hogares y hasta en los juegos. De Oriente se puede decir que llegaban tan sólo las versiones expurgadas de *Las mil y una noches* en su conjunto, las de algunas de las narraciones que componen este libro admirable de las que pudieran derivarse fáciles moralejas, o acaso cuentos de sultanes y huríes, de pájaros encantados y aventureros incansables, en franca imitación de su modelo, por supuesto sin alcanzarlo, ilustrados con imágenes de líneas sinuosas, dentro del más suntuoso Modernismo. Todo ello, casi siempre, en la prolífica Editorial Calleja. Después, poco más. Otra guerra trajo preocupaciones nuevas, y su desenlace sumió a una sociedad en el miedo y en la vulgaridad. De cuando en cuando la llamada de Oriente llegaba a través de la magia que emana del libro de siempre, de esos relatos contados a lo largo de mil y una noches, que tiene el privilegio de poseer el secreto de contar. Como lo poseen igualmente los cuentos populares.

Ahora ocurre algo semejante: cuando de vez en cuando se produce la aparición de una rara perla, la voz de Sherezade resuena en sus páginas -así podemos apreciarlos, para poner unos cuantos ejemplos recientes, en *El Gegenio* de Fernando Alonso (Edelvives, Zaragoza, 1989), en *El arquitecto y el Emperador de Arabia* de Joan Manuel Gisbert (Edelvives, Zaragoza, 1991), o en *Oriente de Perla* de Miguel Fernández Pacheco (Anaya, Madrid, 1991) o la de las viejas, maravillosas y enigmáticas narraciones tradicionales.

————— 6 —————

Esto es casi todo lo que podemos apreciar, al menos en el ámbito de los libros escritos en español, pero dejando constancia de ese acercamiento al pasado musulmán de España que supone *La tierra del Sol y la Luna* de Concha López Narváez (Espasa-Calpe, Madrid, 1984). Aunque, también hay que señalarlo, de vez en cuando, nos llegan traducciones de obras que podríamos tildar de orientalistas, junto a otras que reflejan la preocupación por el mundo árabe de hoy, conformando una nómina, si no mucho, sí más abultada desde luego que la de las obras nacionales.

Los pocos libros narrativos infantiles y juveniles que tratan de Marruecos en nuestros días tienen que ver igualmente con ese doble influjo antes aludido. Pero antes de pasar a hablar de ellos creo que sería interesante tener en cuenta otros, tres en concreto, que no tienen nada de grandes, nada tampoco en especial si no es el hecho de que fueron escritos en Marruecos y que tienen en común con los que se dirigen a los niños y jóvenes su relación con la literatura oral y, como en el caso de uno de ellos, el deseo de penetrar en el mundo de la infancia.

En el primero en el que el tiempo es *El juglar de los zocos* (Compañía General de Artes Gráficas, Madrid, 1930), de J. Bentata, un judío sefardí de Tánger, publicado no muchos años después de la guerra colonial de Marruecos hubiese terminado. Se trata de un conjunto de narraciones breves cuya base se halla en el folclore marroquí, que pretende poner de manifiesto, desde el título hasta en estilo, esta dependencia. La prosa, ligera y sencilla, con abundantes toques de humor e ironía, utiliza de vez en vez algún giro arcaico con el que intenta agudizar su pertenencia a la esfera de lo popular, así como fórmulas de apertura que copian, resumen o recuerdan a las utilizadas por los narradores orales en los zocos marroquíes. El público al que iban dirigidos estos cuentos era el adulto; prueba de ello es que algunos de los relatos reunidos en el volumen fueron publicados en distintos números de la revista *La Esfera*.

Años más tarde, en 1951, otro sefardí, esta vez de Tetuán, Isaac Benarroch, intenta en su libro *El indiano, el cadí y la luna* (Editorial Marroquí, Tetuán) algo semejante. La voluntad orientalista del autor se manifiesta aquí con mayor intensidad e insistencia que en la obra de su compatriota; incluso en las largas digresiones de las costumbres de los judíos y los musulmanes marroquíes,

————— 7 —————

que estorban al hilo narrativo y restan frescura a sus historias. Dicha voluntad se evidencia fundamentalmente en las dos últimas novelas que componen el libro, ambas de ambiente y protagonistas musulmanes, *El cadí y la Luna* -su título completo es *¿Qué hace Dios con la luna vieja cuando sale la nueva?-. El indiano* no es sino una especie de novela histórica que tiene como inicio el año 1860, cuando las tropas españolas toman Tetuán, y cuenta la historia de un joven sefardí de esta ciudad que emigra a América del Sur en pos de la fortuna.

Dicho esto, podemos llegar a una curiosa conclusión, válida igualmente para otros escritores del país, ya sea el árabe, el francés o el español el idioma que utilicen para la creación literaria: también los marroquíes se dejan deslumbrar por el orientalismo. Esta nos llevaría a su vez a otra: algunos de los tópicos occidentales, el modo de considerar la cultura islámica como algo extraño y lejano, influyen de manera poderosa en ellos viciando su escritura.

Dora Bacaicoa, como los dos escritores anteriores, es autora de un solo libro narrativo. Tampoco ella escribe para niños. Algunos de sus cuentos aparecieron en distintos números de *Ketama*, una revista literaria que se editaba en Tetuán allá por los años cincuenta. Su libro *Zohora la Negra y otros cuentos* (Manantial, Tetuán, 1955) tiene en casi la totalidad de los relatos que lo componen el denominador común de tratar el tema de la infancia. Señalé en otro lugar que encuentro en él algunos puntos de contacto con obras de contenido semejante escritas por Ana María Matute. El ámbito del sentimiento infantil y el aliento poético de su prosa, serían los más sobresalientes; aunque debo señalar la particularidad de los protagonistas de sus relatos: estos niños de Dora Bacaicoa son siempre marroquíes, seres pertenecientes a un contexto cultural diferente al español, al que ella intenta aproximarse. La escritora, aunque nacida en Buenos Aires, vive desde su infancia hasta que se jubila en Marruecos y es este mundo el que escoge para ambientar sus narraciones. Para ello se vale de costumbres y leyendas que ella vive o contempla y que sirven para establecer esos lazos estrechos

entre realidad y fantasía, o, mejor dicho, entre dos realidades distintas, la infantil y la adulta que tan característicos son de la prosa de Ana María Matute.

Mientras, se estaban llevando acabo algunas recopilaciones de la literatura popular del país, al mismo

————— 8 —————

tiempo que se trabajaba en otros campos de la etnología. Y así se publicaron *Cuentos de Yehá* (Nueva Litografía Jerezana, Jerez de la Frontera, 1934), recogidos por Tomás García Figueras, y *Cuentos populares de los judíos del Norte de Marruecos* (Editorial Marroquí, Tetuán, 1952) de Arcadio Larrea Palacín, autor de varias colecciones de romances, canciones y música, tanto hispanoárabe como sefardí.

Es a partir de la década de los ochenta cuando comienzan a aparecer libros de tema marroquí editados en colecciones destinadas aun público infantil y juvenil. Los específicamente narrativos no son muchos, cuatro para ser más concreto: *El vendedor de sombras* de Cristina Fernández Cubas (Argos Vergara, Barcelona, 1982; reeditado años más tarde por la editorial Alfaguara), *Cuentos al Sur del Mediterráneo* de Rodolfo Gil Grimau (Ediciones de la Torre, Madrid, 1987), *La rosa del desierto* de Carlos Puerto (Edelvives, Zaragoza, 1990), y *Raisuni* de David López García (Alfaguara, Madrid, 1991). Dejo aparte adrede, por consideraciones que pueden ser obvias teniendo en cuenta determinadas situaciones políticas con las que no deseo entrar en polémica, *Morirás en Chafarinas* de Fernando Lalana (S.M., Madrid, 1990). La acción de la novela transcurre en Melilla y no deseo ponerme a cuestionar aquí la marroquinidad o no de la ciudad española del Norte de Marruecos.

Si algo tienen en común todos estos libros, es su deseo de vinculación al género popular. Más unos que otros; sobre todo *Cuentos al Sur del Mediterráneo* que son recreaciones de la literatura folclórica. Su autor, *Rodolfo Gil*, había participado anteriormente en una recopilación de cuentos orales marroquíes junto a Muammad Ibn Azzuz Hakim, titulada *Que por la rosa roja corrió mi sangre* (Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1977), y escrito artículos y libros sobre este tipo de narrativa. Sus cuentos recorren un amplio espectro que va desde el cuento humorístico, como el que tiene de protagonista a Yehá, ese personaje a veces tonto y a veces listo, sagaz, sabio, ridículo o pícaro que llena los cuentos de todo el Norte de África, desde Marruecos hasta Egipto, y que se convierte también en personaje común de los cuentos sefardíes de tradición oral. Desde lo humorístico, decía, hasta lo maravilloso, como los titulados *Caftán de amor* o *Buryila*, pasando por el apólogo, como *¿A dónde vas león?*, sin que falte ese

————— 9 —————

misterioso personaje, Medio Pollo -que puede recordarnos al Gallo Quirico-, en la tradición de la tan vieja literatura protagonizada por animales que hablan. Hay en todos ellos un hálito que esa luz que viene de Oriente, un constante componente exótico que ayuda a la recreación de un mundo maravilloso y hoy casi perdido propio del cuento popular. Porque de cuentos populares trata el libro, y en ellos podemos encontrar datos

suficientes para establecer una relación con los nuestros -el autor la analiza brevemente en la Introducción- que nos permitirá comprender que todos, los de una y otra ribera del Mediterráneo, poseemos un fondo cultural común, que es mucho y fundamental lo que nos acerca, que acaso sea accidental lo que nos separa y enfrenta.

Cuando leí el relato de Cristina Fernández Cubas, *El vendedor de sombras*, me llamó poderosamente la atención el deseo de hacer que una ciudad, Tetuán, pudiera entrar en el terreno de lo mítico y quisiera parangonarse con las de Bagdad o Damasco que se hallan ya, para cualquier lector, asentadas firmemente en él. No es, desde luego, un hecho aislado ni nuevo, si tenemos en cuenta que, antes y después de la instauración del Protectorado español en Marruecos, la ciudad fue motivo constante de una apología que intentaba poner en relieve todo su poder de misterio y seducción. Pedro Antonio de Alarcón en su *Diario de un testigo de la Guerra de África* fue el primero; luego vinieron los modernistas y su búsqueda de lo exótico, entre los que destaca Isaac Muñoz y especialmente su obra *La Corte de Tetuán*. Y ya en plena Guerra, *Notas marruecas de un soldado* de Ernesto Giménez Caballero, por poner algunos ejemplos. La ciudad a la que alude Cristina Fernández Cubas, nada tiene que ver con la corte colonial o europeo de hoy; a ella, como a los escritores aludidos más arriba, sólo le interesa la ciudad de siempre, la formada por el dédalo de calles y plazas que se aprieta dentro de los límites de las viejas murallas. La escritora intenta buscar el equilibrio entre lo real y lo fantástico, y le añade a la ciudad otra cualidad que otros antes se habían atrevido a asignarle, la de lugar donde es posible que suceda lo mágico y sobrenatural. Al escoger como protagonista a un artesano igual a los que aún podemos ver en las callejas intrincadas de la medina, confirma este deseo. La narración posee además ingredientes que son propios de la literatura popular -entre los que se

pueden destacar la figura del padre con tres hijos, de entre los cuales el menor da muestra de su sagacidad e inteligencia- que ayudan a crear una atmósfera de misterio y maravilla.

La acción de la novela de Carlos Puerto, *La rosa del desierto*, tiene lugar al sur de Marrakech, en el desierto del Sáhara, y alcanzará su desenlace en esa ciudad. Es, pues, de una de los pocos libros narrativos españoles de este siglo que tratan de esta ciudad. Su protagonista, una niña de nombre Rosa -protagonizará otras novelitas y otras aventuras en el África negra y en el Polo Norte-, se ve envuelta en una serie de sucesos más o menos fantásticos y misteriosos que pueden relacionarse con temas procedentes de la literatura de aventuras: el desierto y sus tormentas de arena, los tuareg, una ciudad fantasma, etc.; otros que nos recuerdan a la literatura tradicional: enigmas, espejos y animales parlantes, y los que aluden a *Las mil y una noches*, como son las alfombras voladoras; todo ello salpicado de algunos vocablos árabes, acaso destinados a dar mayor color a la narración, a incrementar el exotismo. Marruecos está en el desierto y en la ciudad de Marrakech. Esta aparece con su color característico, sus palmerales, y con sus callejas intrincadas, pero sobre todo con su gran plaza, Djemaa el Fna, símbolo ya de la ciudad misma, y su bullicio, los encantadores de serpientes y los contadores de historias. Un año después de publicado este libro, Carlos Puerto volverá a mostrarnos el Norte de África, esta vez Túnez, en *Un pingüino en el desierto* (S.M., Madrid, 1991).

De *Raisuni* apenas diré. Sólo que se trata de una novela histórica mediante la cual el autor intenta poner en contacto a los jóvenes de hoy con algunos hechos que fueron decisivos para la historia contemporánea de España -hoy están casi olvidados-, la Guerra de Marruecos, y acerca al lector de hoy, en el momento de su decadencia y pocos meses antes de su muerte, una de las figuras fundamentales y más controvertidas de esa época, el Raisuni. También en este libro aparece algún reflejo de la literatura popular en una de las narraciones engarzadas en la historia. Otra, tiene como motivo una leyenda de la que se hace eco Isaac Benarroch en una de las tres novelas que componen su libro citado, la titulada *El cadí*, utilizada también por Dora Bacaicoa en *El árbol*, uno de los relatos incluidos en *Zohora la Negra y otros cuentos*.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario